

UANA

TÓNOMA DE NUEVA

NORAL DE BIBLIOTECA

45
CIC

317

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

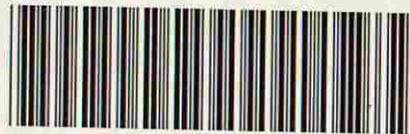
1850

1850

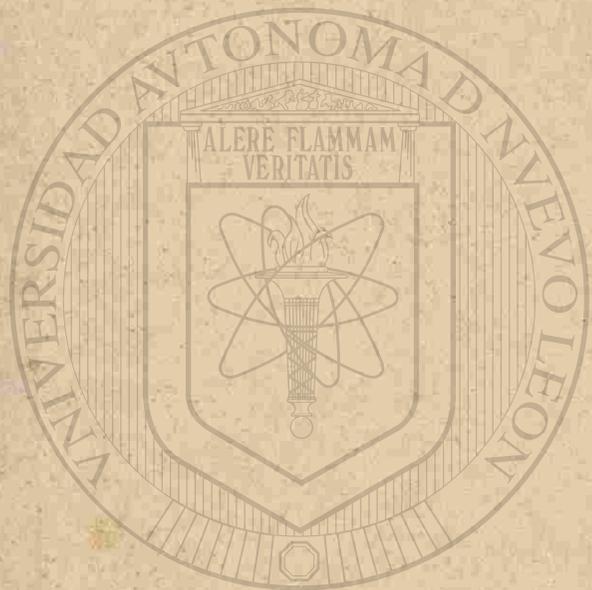
1850

1850

DC145
G5



1080012262

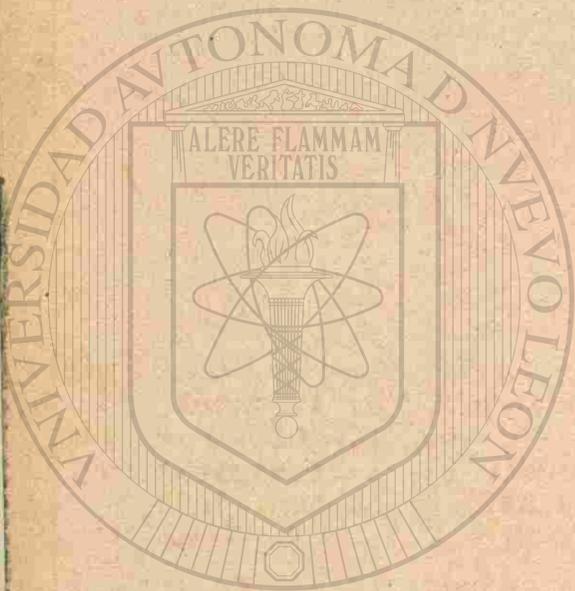


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Concepción Gimeno de Flaquer



MUJERES

DE LA

REVOLUCIÓN FRANCESA

DISERTACIÓN LEIDA POR SU AUTORA
EN EL ATENEO DE MADRID
EN LA NOCHE DEL 25 DE MARZO DE 1861



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

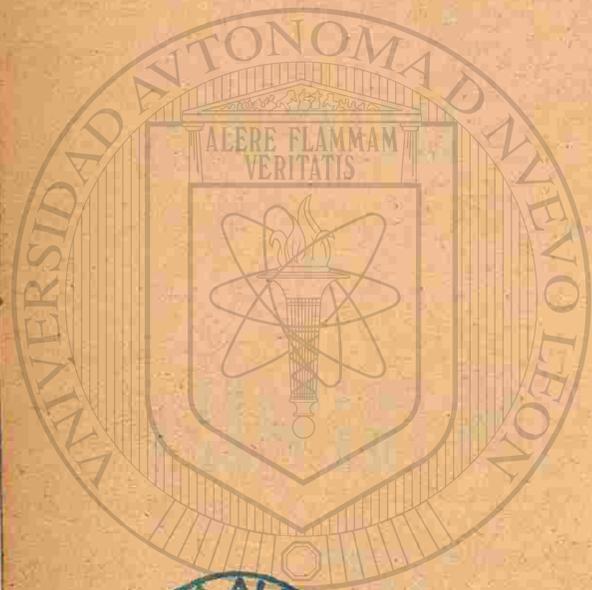
MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ALFREDO ALONSO

Calle del Soldado, núm. 8

DC145

G5



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

156036

AL DISTINGUIDO ESTADISTA MEXICANO

EXCMO. SR.

Don Manuel Romero Rubio

ESTIMADO AMIGO:

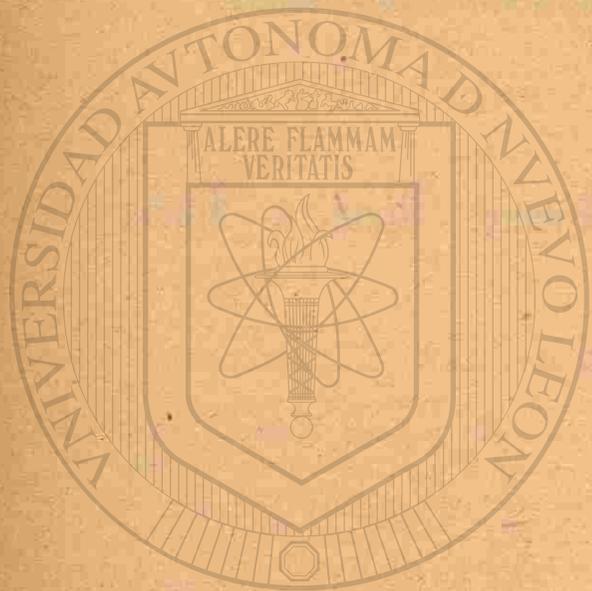
México fué uno de los primeros pueblos ibero-americanos, que siguió la evolución política y filosófica, iniciada en Francia en 1789; y á V. que rindió siempre culto al progreso, militando en las avanzadas, debe serle grato cuanto se relacione con una época simpática á todos los patriotas mexicanos.

Acepte V. la obra que le dedico, como un recuerdo cariñoso hacia México y una prueba de consideración hacia V.

Su afectísima amiga

Q. B. S. M.,

Concepción Gimeno de Flaquer.®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALGUNAS REFLEXIONES ANTES DE ENTRAR EN MATERIA

La mayor parte de los filósofos de la antigüedad han escrito enormes disparates acerca de la mujer, y los filósofos modernos no les van en zaga. Siendo la mujer el sér que agita las más impetuosas pasiones del hombre, no puede conservar éste la razón bastante serena para juzgarla. Al leer los libros que *los sabios* han consagrado al sexo femenino, se deduce que la mujer es arquetipo de perfección ó germen de todo mal. La mujer, según autores que blasonan de haberla estudiado (muchas cosas se estudian sin éxito), es ángel ó monstruo: para ellos no hay término medio.

Separándonos del juicio que de la mujer han formado, y analizando el destino que

le señalan, observaremos las mismas aberraciones. Unos piden para la mujer iguales derechos que para el hombre, con lo cual la convertirían en un ente absurdo y descentralizado, que no se podría clasificar, porque moralmente no estaría definido; otros le coartan tanto la voluntad y la acción, que le quitan toda personalidad, convirtiéndola en un sér pasivo, en un sér artificial que sólo puede moverse á impulsos del hombre, como se mueve una máquina á impulso de fuerza mayor. Estúdiense las teorías de los *sansimonianos* y de los *prudhonianos* y se observará la verdad de las apreciaciones que dejo manifestadas.

Los *sansimonianos* conceden á los dos sexos igualdad de derechos políticos, sociales y morales, siendo Entantín, uno de los jefes de esta escuela, quien queriendo favorecer á la mujer ha proclamado la tesis más inmoral con relación al amor y al matrimonio; tesis que toda mujer sensata tiene que rechazar, porque ataca el orden

que el matrimonio ha establecido en la vida social al legitimar los afectos, sin el cual la mujer quedaría perjudicada.

Los *prudhonianos* por el contrario, con sus reticencias y cohibiciones esclavizan á la mujer. Proudhon cree firmemente en la inferioridad intelectual y moral del sexo femenino respecto al masculino, y la apoya en la debilidad de los músculos de la mujer y en su falta de fuerza física. Mas como el alma no se compone de tejidos, vértebras ó músculos, para afirmar el infatigable polemista que moralmente es inferior la mujer al hombre, se burla de los que invocan la igualdad de las almas, con la siguiente frase que, dada su incredulidad, no puede ser más sarcástica y sangrienta: *la igualdad de elevación entre el alma de uno y otro sexo, podrá demostrarse en el otro mundo, pero en éste es imposible*. Tales palabras envuelven aviesa intención. Fáltale al espíritu de la mujer, según Proudhon, la facultad de producir gérmenes, es decir, ideas, por lo cual

carece de genio, es antimetafísica, no sigue deducciones, no generaliza, no sintetiza. Esto es negarle á la mujer de una manera vergonzante la facultad de pensar. Según el atorismo de Descartes, *pienso, luego soy*, el pensamiento es lo que revela nuestra existencia; si la mujer no piensa (según Proudhon), la mujer no existe, es un sér mítico que ha forjado la fantasía. Ahora bien, ¿podrá demostrar Proudhon con todas las sutilezas de su ingenio, que el hombre existe no existiendo la mujer? ¡Hasta qué dislates conducen las alambicaciones de los que se creen pensadores, por haber descubierto que la mujer no piensa, que la mujer *no es!*

No necesitaba Proudhon dirigir una mirada retrospectiva para encontrar múltiples talentos en el sexo femenino, pues en su época figuraban mujeres de brillante ingenio, como han brillado en todos tiempos, mas si no admite que aun generalizada la instrucción se nivelen las inteligencias en los dos sexos, menos ha de querer ad-

mitir el fenómeno de que siendo poco cultivado el talento femenino, deba sus resplandores á facultades propias ó naturales.

La conciencia de la mujer — añade Proudhon — *es más débil que la del hombre, por la diferencia que separa su espíritu del nuestro; su moralidad es de otra naturaleza; lo que la mujer concibe como bien y mal, no está bien apreciado; de modo que relativamente á nosotros la mujer puede ser considerada como una criatura inmoral. Observadla: la encontrareis siempre en pugna con la justicia, la desigualdad es su distintivo, en ella no se advierte ninguna tendencia á ese equilibrio de derechos y deberes, que es la idea fija del hombre, y por la cual lucha encarnizadamente con sus semejantes. Ella ama las distinciones, los privilegios; la justicia que nivela los rangos le es insoportable.*

¡Qué aberración! La mujer ama los privilegios y la gloria, para el sér que hace palpar amorosamente su corazón, mien-

tras que el hombre los ama por sí mismo.

¡Que la mujer no conoce la ley del equilibrio! ¿Cómo no la ha de conocer?

Son tantos y tantos los derechos que el hombre ambiciona, y por los que pelea eternamente, que para sostener el orden social, se ha visto la mujer obligada á no reconocer más que deberes.

¡Que la conciencia de la mujer es inferior á la del hombre! ¿Saben los proudhonianos lo que es la conciencia?

La conciencia es un sentimiento estético que nos inspira horror á la culpa, porque la culpa es fea, y siendo un sentimiento estético la conciencia, indudablemente ha de estar muy despierta en la mujer, teniendo cual tiene en más alto grado que nadie el instinto de lo bello, que en moral es el instinto de lo bueno. Después de negarle á la mujer el vigor de la idea, los proudhonianos quieren negarle la conciencia, la conciencia, que es lo eximio del sentimiento, lo más étéreo del alma, lo más noble de nuestro sér, lo que dis-

tingue al sér racional de los irracionales.

La constante observación viene demostrando que la conciencia se desarrolla antes en la mujer que en el hombre. La conciencia tiene dos fases: existe la conciencia espontánea, y la conciencia educada; la conciencia espontánea se manifiesta en la mujer, la conciencia educada en el hombre. La conciencia espontánea, que es la que se distingue en el sexo femenino, es inmutable, firme, fija; la conciencia educada, que es la única que posee el sexo masculino, está sujeta á mil cambios, es regida por distintas ideas, obedece á leyes sociales. La conciencia espontánea rige todos los actos de la vida; la conciencia educada ó artificial es regida por ellos. La conciencia es la reguladora del honor, y el honor tiene origen más alto, base más sólida en la conciencia de la mujer que en la del hombre. El honor muestra siempre la misma forma en la conciencia de la mujer; siendo en ella la virtud, la práctica

de la moral; el honor en la conciencia del hombre está sujeto á mudanzas. Los hombres del siglo XIX entienden la idea del honor de otro modo que los hombres del siglo XVI; en la mujer, la idea del honor es inmutable.

Necesita la mujer toda una vida de pruebas para que pueda quedar declarado su honor; el hombre se coloca con serenidad ante el cañón de una pistola, tiene cinco minutos de arrojó, *y ya es hombre de honor*. El honor en el hombre llámase *valor ó crédito*; en la mujer llámase *virtud*; esto es, la síntesis de todos los sacrificios, de todos los triunfos sobre sí misma, á veces hasta de la inmolación. El honor del hombre se forma con un rasgo de valor físico, material, porque el valor depende del temperamento, con un rasgo de valor que muchas veces es debido á las circunstancias, mientras que el honor en la mujer tiene que ser sostenido por un valor moral, constante, perpetuo. ¡Cuántos crímenes se cometen en nombre del honor!

El duelo, nacido en sociedades bárbaras que no tenían leyes; el duelo, que no es más que la superstición del honor, forma la más alta manifestación del honor del hombre; el duelo, que está reprobado por la religión y por la ley. ¿Qué os parece la lógica de la conciencia masculina? Gran audacia han necesitado los proudhonianos para decir en tono de infalible aserto, que la mujer es un sér inferior al hombre hasta en moralidad.

La mayor parte de los fisiólogos afirman que el organismo de la mujer está más predispuesto que el del hombre á la voluptuosidad, y sin embargo, nadie puede negar que la mujer es más fiel á sus deberes que éste. Por cada caso de infidelidad en el sexo femenino, se cuentan noventa y nueve en el masculino.

Añádase á esto que el hombre puede casarse siempre por amor, mientras que la mujer tiene que aceptar el matrimonio las más veces, como única solución á su porvenir.

Si á pesar de la decantada debilidad de la mujer, y de estar siempre combatida por el que se llama fuerte, sabe resistir y apagar con la voluntad el ardor de los sentidos, ¿dónde brilla la conciencia más pura, en el sexo fuerte que ataca, ó en el débil que se defiende?

Proudhon materializa lo inmaterial queriendo llevar hasta las inaccesibles esferas del espíritu las ecuaciones algebraicas, y resulta de sus alambicados problemas, que la mujer apenas vale la tercera parte que el hombre.

Gran divergencia existe entre las ideas que manifiesta el autor de la *Filosofía del Progreso* y su conducta: el gran revolucionario, cuyo nombre espantó por mucho tiempo á los tímidos, complaciase en rodearse de su familia hasta cuando se entregaba al trabajo. El exaltado defensor del pueblo casóse con una humilde obrera, en cuya compañía vivió dichoso. Él mismo educó á sus hijos: su hija Catalina ejerció desde la infancia el cargo de secretario

de su padre. La ilustración precoz de la hija de Proudhon asombraba á los amigos del célebre autor de las *Contradicciones Económicas*. El incansable batallador que convertía la palabra en catapulta, sintió gran ternura hacia su madre, que era una mujer de talento superior, dotada de mucho carácter. Proudhon dice que puso á su hija el nombre de Catalina porque lo había llevado la mujer que le dió el sér. *Quise honrar, exclama, la memoria de la pobre labradora que tanto valía, y que vivió desconocida*. A pesar de la brusquedad y dureza de Proudhon, rindió á su madre un culto amoroso y tierno.

En una carta íntima dijo á uno de sus amigos: *No me casé apasionado, me casé por reflexión. Muerta mi madre, sentí un vacío que sólo podía llenar la paternidad, y la busqué por caminos rectos y honrados. Me casé porque sentía nostalgia de hogar.*

Ya veis que el proclamador de los *Principios de organización política* tam-

bién sintió la necesidad de organización doméstica, y empezó por organizarse á sí mismo.

Los dos únicos sentimientos tiernos que existieron en el corazón del impugnador del derecho de la propiedad, fueron el afecto hacia su madre y hacia su hija.

Muchos de los grandes hombres han menospreciado á la mujer con sus palabras y la han venerado con sus hechos. ¿Qué mayor triunfo para el sexo femenino?

Otro filósofo moderno que abraza ideas retrógradas hacia la mujer, y que le niega iniciativa, es el célebre historiador, matemático y astrónomo Augusto Comte, á pesar de que tanto él como sus secuaces, alardean de rendir ferviente culto á las mujeres.

Los reaccionarios han tratado al sexo femenino mejor que Augusto Comte, pues ellos, que le niegan un lugar en el alcázar de la ciencia, le dan alto puesto en el hogar, entregándole el cetro doméstico, mientras que el filósofo positivista confina

á la mujer á la vida privada, convirtiendo su casa en cautiverio. No porque lo haga de una manera solapada deja de condenarla al servilismo, pues dice así: *El sexo femenino está llamado á la obediencia, por ser el sexo afectivo.*

Según el autor de *El catecismo positivista*, el hombre es un sér eminentemente activo, y la mujer es sólo una influencia moral. Opina que la mujer no debe mezclarse en ninguna cuestión sociológica ni tampoco industrial, porque la biología comparada demuestra que el sexo femenino está constituido en una especie de infancia eterna. Proclama la recusión de la mujer basándola en que el cumplimiento de sus deberes exige gran concentración de espíritu, y añade sofisticamente: *Si los filósofos deben retirarse de la vida práctica para que no se altere la pureza de sus teorías, mucho más la mujer, que es un elemento de influencia moral.*

Estas palabras encierran bajo una bella forma la nulificación de la mujer, pues le

prohiben toda participación en la industria, en el comercio y hasta en el arte. Augusto Comte concede al hombre la dirección completa de la mujer, con el pretexto de que es más enérgico que ella. ¡Cuán falsa afirmación! A cada paso se ven mujeres teniendo que ocultar su energía para que el marido no se abochorne de la que le falta. Indudablemente el célebre socialista, se ha olvidado de muchos hechos históricos que nos presentan á la mujer enseñando al hombre á darse la muerte, antes que sucumbir al enemigo.

Según las teorías de Augusto Comte, la mujer es un sér subalterno ante la ciencia, subalterno en la vida social y subalterno en la familia, pues en el hogar entrega el mando al hombre, sentenciando á la mujer á ciega obediencia. ¿Qué esfera de acción concede á ésta? Ninguna; al decir que la mujer es un elemento de influencia moral y condenarla á la pasividad absoluta, contradice su teoría. ¿Cómo ha de hacer sentir la mujer la influencia moral que le

otorga, si vive ajena al mundo exterior y desconoce la marcha del progreso y los deberes que la sociabilidad impone al individuo? ¿Cómo la ha de hacer sentir careciendo de iniciativa?

Augusto Comte se equivoca: el hombre debe tomar la dirección en los asuntos políticos y en los negocios; pero sin que la mujer sea extraña á ellos.

Después de prohibirle á nuestro sexo la acción y todos los medios para que pueda bastarse á sí mismo, debió comprender Augusto Comte que su teoría era inhumana, pues con tal plan la mujer quedaba sujeta á la miseria, ya que le ha negado hasta la facultad de heredar; y por no retractarse de cuanto había manifestado, coronó su obra con este pensamiento: *A falta del marido ó los parientes, la sociedad debe garantizar la existencia material de cada mujer.*

¡Brava ocurrencia! la mujer tiene que apelar al matrimonio para defenderse de la miseria, ¿y si no encuentra marido?; la

mujer tiene que ser mantenida por sus parientes, ¿y si son pobres?; la mujer tiene que ser protegida por la sociedad, y ¿quién establecerá esas leyes de protección?, el hombre, ya que tiene el mando; mas ¿quién responde del acierto y la moralidad de tales leyes? Hay protecciones que abrumán, que son un suplicio; y el sexo femenino no puede menos de rechazar la protección que le ofrece el ilustre pensador. La mujer renuncia á tan noble, á tan inusitada generosidad, como renuncia al derecho del amor libre que para ella reclama el sabio Fourier, con el cual perdería todo prestigio al perder el pudor, que es en nuestro sexo como la fragancia en la flor.

En vez de inventar Augusto Comte nuevos cautiverios para la mujer, subordinándola á sus parientes ó á la sociedad, ¿por qué no inventa medios de remunerar mejor el trabajo femenino para que éste sea su escudo?

La mujer digna no quiere depender más

que del hombre á quien ama, ó del trabajo; del trabajo, que es la única dependencia que no envilece.

La escuela positivista parece esforzarse en querer demostrar á la mujer que no tiene personalidad, del mismo modo que los turcos se esfuerzan en convencerla de que no tiene alma, por cuya razón no entrará en el paraíso.

¿No os parece que la mujer no debía esperar ser tratada por Augusto Comte como la tratan los turcos?

Afirma el citado filósofo que la mujer carece de carácter é iniciativa; al Cardenal Mazarino parecíale lo contrario, tanto, que llegó á quejarse de la intervención de las mujeres en la política, pues hablando una vez con D. Luis de Haro, Ministro español, le dijo que envidiaba á los españoles porque sus mujeres sólo eran vanidosas, mientras que las francesas no se contentaban con lucir galas, sino que aspiraban á gobernar la nación. Tenemos tres damas, añadió, tan capaces de

governar tres reinos como de perturbarlos: la Duquesa de Longueville, la Princesa Palatina y la Duquesa de Chevreuse.

Por fortuna, contestó D. Luis de Haro, las españolas sólo piensan en gastar el dinero de sus maridos ó de sus amigos, pues si les diera por asociarse á nuestros negocios, lo estropearían todo, como lo hacen las francesas.

Nada tienen que agradecer las mujeres á la cortesía del Cardenal francés y del Ministro español, porque ambos fueron muy poco galantes al emitir su opinión acerca de ellas, á pesar de que han brillado tanto en España como en Francia, mujeres dotadas de gran civismo y de gran valor.

En el siglo xvi Catalina de Parnay y Ana de Rohan sostuvieron el sitio de la Rochela, centro de las fuerzas calvinistas, y prisioneras en el castillo de Niort, demostraron la misma energía de carácter que al defender la Rochela, pues sabido es

que á pesar de morirse de hambre no quisieron capitular.

Las francesas han tenido siempre afición á los negocios de Estado; muchas de ellas se distinguieron por su sagacidad en los asuntos diplomáticos.

En el siglo xvii, brillaron en Francia distintas mujeres por su habilidad política. La célebre Duquesa de Longueville fué heroína de la Fronda; la Duquesa de Montpensier, prima hermana de Luis XIV, conocida con el título de *Grande Mademoiselle*, manejó la espada con la misma facilidad que la pluma; anhelante de gloria se puso al frente de un ejército para defender á la ciudad de Orleans, arengó á la muchedumbre, logrando calmar á los descontentos y estableció la paz. Fué denominada *la Doncella de Orleans*, porque su valor despertó el recuerdo de Juana de Arco, que dos siglos antes había defendido aquella plaza. Refiérese que habiendo rechazado las proposiciones de casamiento hechas por un

hijo de la Reina de Inglaterra, cuando le hablaron á la Reina de las hazañas de la Duquesa de Montpensier, contestó: *es natural que haya salvado á la ciudad de Orleans cual Juana de Arco, habiendo empezado por rechazar á los ingleses.* Esta irónica agudeza fué muy celebrada.

Alzarse ostentando su poder en el mismo siglo, Madame de Maintenon, que avasalla nada menos que á Luis XIV, mientras que la Princesa de los Ursinos rige los destinos de España, siendo la consejera de Maria Luisa de Saboya, esposa de Felipe V, que domina al Rey, y éste á los españoles. Temístocles tenía razón al decirle á la compañera de su vida: *Mira, mujer, los atenienses mandan á los griegos, yo á los atenienses, tú á mí, y á tí nuestro hijo: por tanto, vete á la mano en tu autoridad, porque aquel manda en todos los griegos.*

Es indudable que en la Corte de un rey imperan las mujeres y en el de una reina los hombres. Aceptada tal verdad,

no debieran éstos haber promulgado la ley Sálica. Y no se crea que sólo la mujer amada ejerce influencia política, como la ejercieron la Duquesa de Etampes en Francisco I, Diana de Poitiers en Enrique II y Gabriela de Estrées en Enrique IV; la ejercen también la madre y la hermana, cual Blanca de Castilla en San Luis y Beatriz de Choiseul en el Ministro de Luis XV, la cual indujo á su hermano á rechazar la alianza política propuesta por la du Barry, favorita del Rey, suceso que ocasionó la caída del Ministerio.

Al referirse á las mujeres del siglo de Corneille y Racine que se distinguieron por su ingerencia en la política, no es posible olvidar á la nieta del *gran Condé*, la ilustrada Duquesa de Maine. Nadie se imaginaba al verla que encerrara un alma viril; su estatura era tan exígua, que tanto á ella como á sus hermanas, en vez de apellarlas *princesses du sang*, denominábanlas *poupées du sang*. Pero aquella

muñeca tenía alientos titánicos, y algo de su temple revela la divisa que adoptó. Consistía en una abeja, en torno de la cual estaban escritas estas palabras: *Piccola si, ma fa pur gravi le ferite...* que pueden traducirse de este modo: pequeña es la abeja, y sin embargo hace crueles heridas.

En el valle de Sceaux, donde fué visitada por La Bruyère, Descartes y Voltaire, se creó una pequeña corte, y daba fiestas tan brillantes que rivalizaron con las de Versalles. El papel de reina le fascinaba tanto, que lo estaba representando constantemente, sin dispensarles ni á sus amigos íntimos el tratamiento de *Alteza Serenísima*. Como Luis XIV concedió á sus hijos bastardos los mismos privilegios que á sus hijos legítimos, y se le vió alguna preferencia por el Duque de Maine, el hijo mayor de los que tuvo con la Montespan, la ninfa de Sceaux, creyó que su marido sería Regente del reino; viendo su inercia, tomó la iniciativa para crearse un

partido, mas su desengaño fué espantoso cuando se leyó el testamento de Luis XIV; que nombraba Regente al Duque de Orleans. Tramó una conspiración contra él, pero quince meses de destierro quitáronle las ganas de conspirar. Dolorosa fué la pérdida de sus esperanzas, porque tenía tan alta opinión de sí misma, y tanta fe en la superioridad que le daba su ilustre linaje, pues como César, se creía descendiente de Júpiter, que en una carta dirigida á su hermano el Duque de Borbón, se encuentran estos versos:

*Ce qui chez les mortels est une effronterie,
Entre nous autres demi dieux
N'est qu'honnête galanterie.*

La Duquesa de Maine era tan culta, su palabra tan elegante, que llegó á decirle Madame de Lambert: «Nuestra lengua no se perfecciona más que cuando vos la hablais ó cuando se habla de vos.»

Debo cortar toda digresión para ocuparme de las mujeres de la Revolución francesa, que es lo que me he propuesto,

demostrando que la mujer no carece de iniciativa ni está constituida en una especie de infancia eterna, según afirma Augusto Comte.

Estudiemos algunos de los grandes caracteres que brillaron en aquella época turbulenta, en el sexo femenino.

I

L amor es en la mujer el móvil de toda acción extraordinaria; por eso cuando la veais lanzarse al tempestuoso océano de la política, no dudeis va impulsada por el amor. Al amor de Mme. Staël hacia su padre, lo mismo que al afecto tranquilo y sereno, pero no por eso menos profundo, de madame Roland hacia su marido, débese el descubrimiento del genio político de estas dos mujeres.

Quando la mujer penetra en un terreno que le ha sido vedado, lánzase á él con ímpetu; esto hizo que al convertirse estas

demostrando que la mujer no carece de iniciativa ni está constituida en una especie de infancia eterna, según afirma Augusto Comte.

Estudiemos algunos de los grandes caracteres que brillaron en aquella época turbulenta, en el sexo femenino.

I

L amor es en la mujer el móvil de toda acción extraordinaria; por eso cuando la veais lanzarse al tempestuoso océano de la política, no dudeis va impulsada por el amor. Al amor de Mme. Staël hacia su padre, lo mismo que al afecto tranquilo y sereno, pero no por eso menos profundo, de madame Roland hacia su marido, débese el descubrimiento del genio político de estas dos mujeres.

Cuando la mujer penetra en un terreno que le ha sido vedado, lánzase á él con ímpetu; esto hizo que al convertirse estas

dos célebres mujeres en Egerias de Neker y Roland, les llevaran más lejos de lo que ellos querían ir.

Mme. Staël y Mme. Roland tienen muchos puntos de contacto: ambas se formaron leyendo á Plutarco y adorando á Rousseau; pero á Mme. Staël le gustaba la nobleza, y Mme. Roland era demócrata.

La Revolución francesa sacó á la superficie el talento de Mme. Roland; la Revolución francesa vigorizó el talento de madame Staël, convirtiéndola en filósofo é historiador.

La distinta cuna de ambas influyó en sus opiniones políticas: Mme. Roland había nacido en un taller, su padre era grabador; Mme. Staël se había educado en el salón del famoso Neker, primer ministro de Luis XVI, rodeada de personas tan distinguidas como Gibbón, Marmon- tel, Grimm, Tomas y Raynal.

El destino hizo que ambas colaborasen en obras sumamente serias y hasta áridas, que generalmente no se hallan al alcance

de la mujer: Mme. Staël comentaba con su padre *El Espíritu de las leyes*. Madame Roland ayudaba a su marido á formar un diccionario de manufacturas.

Las dos fueron heroínas de partido: Mme. Roland era el alma de los girondinos. Mme. Staël, realista constitucional, el alma de los partidarios de la Constitución del año III. Ambas persiguieron ideales que no alcanzaron jamás: los ideales de la hija de Neker eran la perfectibilidad humana y la dicha en el hogar, y murió sin ver realizados ninguno de los dos, pues sabido es que la Baronesa de Staël fué infeliz en el matrimonio: los ideales de la esposa de Roland eran la justicia, el orden y la libertad, y su cabeza cayó bajo el hacha del verdugo, sin verlos brillar.

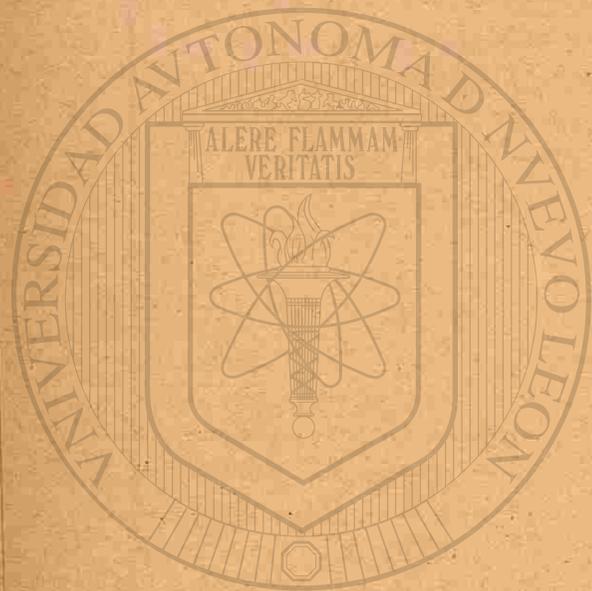
Las dos habían nacido escritoras, pero no sentían la impaciencia de publicar: para Mme. Staël, afectada del romanticismo de la época, la pluma era un desahogo de la sensibilidad intelectual; para

Mme. Roland la pluma era un deber, el deber de ayudar á su marido en los negocios privados; más tarde los acontecimientos hicieron que la pluma fuese para las dos arma defensiva contra los combates que tenían que sufrir, llamadas por la suerte á representar gran papel en la escena política.

Mme. Roland difiere de Mme. Staël en su amor á la naturaleza: la primera nos describe las bellezas del campo, con rasgos virgilianos; la segunda nos dice que no le gusta la agricultura porque huele á estiércol. Sorprende en Mme. Staël su desvío hacia los goces campestres, ella no quiere ver los paisajes de la naturaleza más que en su *boudoir*, en un lienzo de Claudio de Lorena. Mme. Roland sabe sentir los placeres de la vida rural; Madame Staël los placeres de la vida de salón.

También existe diferencia entre el talento de estas dos celebridades: el espíritu de Mme. Staël es más brillante, más cultivado; el espíritu de Mme. Roland más

firme, más vigoroso: Mme. Staël posee el alma de un ateniense, Mme. Roland el alma de un lacedemonio: el estilo de Mme. Staël es jónico, laconio el de Madame Roland.



II

Conocido es el estoicismo de Mme. Roland en la vida política, pero no todos saben que á pesar de él, conservó su ternura de mujer, y las gracias de su sexo, sin perder la virilidad del alma. Mme. Roland fué tan grande en la vida pública como en la vida privada; por eso no es extraño que uno de sus biógrafos la haya comparado á Washington, el hombre de las virtudes cívicas y domésticas.

Mme. Roland, que era muy bella y que contaba veinte años de edad menos que su marido, fué siempre fiel á éste, á pesar de

las pasiones que inspiró. Cuando uno de sus apasionados amigos, afligido por verla alejarse de París, le escribió manifestándole tímidamente el dolor de la ausencia, ella le contestó:

«Sentada cerca del fuego, mi marido en su bufete, mi hija cosiendo y yo cuidando del uno y velando por la otra, saboreando la felicidad de hallarme en el seno de mi querida familia, escribiendo á un buen amigo como vos, bendigo á la suerte que me preserva de los males que aquejan á tantos desgraciados.»

Con tan dulce descripción de la vida de familia se propuso el alma virtuosa de esta mujer calmar la tempestad de pasión próxima á desbordarse en el corazón de su amigo Bosc.

Oigamos á uno de sus mejores biógrafos, y nos formaremos exacta idea de ella:

«He visto algunas veces á Mme. Roland antes del año 1789: sus ojos, su talle, su cabellera, eran de una belleza notable; su delicado cutis tenía una frescura y un

«colorido que, unidos á su aire de reserva y candor, la rejuvenecían singularmente. Yo no le encontraba la elegancia de una parisiense, pero esto no quiere decir que fuese desaliñada, pues la sencillez y la naturalidad no pueden estar desprovistas de gracia. Recuerdo bien que la primera vez que la ví realizó la idea que me había formado de la hija de Vevay, que tantas cabezas ha trastornado, de la Julia de Rousseau; y cuando la oí hablar, la ilusión fué más completa. Mme. Roland hablaba muy bien: inteligencia, buen sentido, propiedad en las expresiones, razón picante, gracia espontánea, todo se deslizaba sin estudio entre aquellos dientes de marfil y aquellos labios de grana. En la marcha de la Revolución no la ví más que una vez: era á principios del primer Ministerio Roland. No había perdido su frescura y su aire de adolescente. Hablaba sólo de los negocios públicos; su alma estaba muy exaltada. Aunque las grandes ruinas de la monarquía no hu-

«biesen acaecido entonces, no disimulaba
 «que los síntomas de la anarquía princi-
 «piaban á establecerse y prometía comba-
 «tirlos hasta la muerte. Me acuerdo del
 «tono tranquilo con que me decía que en-
 «tregaría su cabeza al verdugo si fuese
 «necesario; y confieso que aquella cabeza
 «encantadora entregada al hacha del ver-
 «dugo, me produjo una impresión difícil
 «de ser borrada de mi corazón, pues el
 «furor de los partidos aún no nos había
 «acostumbrado á tan espantosas ideas.

«Los prodigios de la firmeza de esta
 «mujer, y su muerte heróica, no me sor-
 «prendieron; fué uno de los caracteres
 «más briosos de nuestra Revolución y uno
 «de los más elevados.»

Mme. Roland rindió siempre ferviente
 culto á la amistad; en sus cartas á Bancal,
 al darle cuenta de las emociones que trans-
 portan su alma vislumbrando la aurora de
 la libertad, le habla de los amigos de am-
 bos en estos términos:

«Asociar al gran interés de la historia,

«el interés conmovedor de los sentimien-
 «tos particulares, es reunir al patriotismo
 «que generaliza y eleva los afectos, el en-
 «canto de la amistad que los embellece y
 «perfecciona.»

Hubo gran empeño en atribuirle algún
 amante, porque á sus enemigos les hacía
 daño la fortaleza de su alma; por eso sus
 biógrafos aluden á Barbaroux, y á Buzot.
 Michelet la defiende de tales acusaciones
 con esta frase: «Los hombres que odian
 una virtud demasiado perfecta, han que-
 rido buscar en la vida de tal mujer algu-
 na debilidad sin prueba.»

¿Qué importa que Mme. Roland sintie-
 ra en el fondo de su corazón alguna pre-
 ferencia sino hizo ninguna concesión al
 ser que se la inspiró?

Existen pasiones nobles y puras, que
 como el incienso elevan su fragancia al
 cielo sin tocar la tierra. Hay dudas acerca
 de si Mme. Roland amó á Buzot, pero de
 lo que no puede dudarse es de su virtud.

No se miente en el umbral de la eterni-

dad, y ella dijo, mirando á la muerte sin pestañear, estas solemnes palabras: «Nadie se ha dejado arrebatarse menos que yo por la voluptuosidad, he dominado siempre mis sentidos.»

¡No pretendamos penetrar los secretos de una alma pura!

Querer desenvolver los pliegues en que se oculta una pasión ilegítima pero honrada, es más cruel que rasgar el cendal con que vela una virgen sus gracias juveniles.

Uno de los caracteres más levantados que puede señalarse en la Revolución francesa, es el de esta mujer: en el día 2 de Junio de 1792, cuando la mayor parte de los girondinos se ocultaban, ella y su marido fueron los más valientes, pues ni cambiaron de domicilio. Al saber que se había decretado auto de prisión contra Roland, lanzóse á las Tullerías llena de heroísmo anhelando conmover á la Asamblea para alcanzar la libertad del compañero de su vida.

¿Os sorprende que una mujer de este temple sepa dominar sus pasiones?

Apenas podían seguir sus amigos su actividad política, y cuando llega un momento en que les ve dispuestos á morir, escribe á Bancal estas palabras dignas de un Leonidas: «No es cuestión de morir por la libertad, hay que hacer algo más: es preciso vivir para afirmarla, merecerla y defenderla.»

La inspiradora de los girondinos había nutrido su espíritu con la lectura de los autores antiguos, y su imaginación estaba tan exaltada que dice en sus Memorias: «Mi pasión eran los reformadores, porque amaba la igualdad. Yo creía ser Agis en Esparta y Graco en Roma; hubiera querido retirarme con el pueblo al monte Aventino y votar por los tribunos.»

Cuando le leyeron la sentencia de muerte, contestó: «Me juzgais digna de participar de la suerte de los grandes hombres que habeis sacrificado: trataré de llevar á la guillotina el valor que ellos mostraron.»

Efectivamente, quiso honrar á la Repú-

blica dando al mundo el espectáculo de morir con majestad: cuando la llevaban en la carreta iba de pie, con traje blanco y el cabello destrenzado, consolando á la multitud que sollozaba viéndola tan bella é interesante.

Al pasar ante la estatua de la Libertad, pronunció estas palabras que el tiempo ha hecho solemnes: «¡Oh Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

La enemiga de Dantón y Robespierre murió con la serenidad de un mártir cristiano, en el día 9 de Noviembre de 1793. Su marido, al saber tan trágico fin, se suicidó. Ella lo había dicho cuando le leyeron la sentencia de muerte: «Roland se matará.»

Sobre el cadáver de Roland se encontró un papel con estas palabras: «Respetad los restos de un hombre virtuoso.»

¡Honroso epitafio que él escribió! La posteridad le ha hecho justicia declarando que lo merece y grabándolo en las páginas inmortales de la Historia.

III

PARA Mme. Roland fué Capitolio la guillotina como fué para Madame Staël apoteosis el destierro.

No es fácil medir la extensión del talento de tan insigne escritora; era filósofo, crítico, político y novelista. Siendo muy niña, en vez de entregarse á los juegos infantiles, pasaba largas horas en el bufete de su padre, hacia el cual sentía una entusiasta admiración: apenas salió de la adolescencia, cuando empezó á compartir con él tareas oficiales: así es, que enterada de las reformas administrativas y económicas proyectadas por Necker, más tarde las

blica dando al mundo el espectáculo de morir con majestad: cuando la llevaban en la carreta iba de pie, con traje blanco y el cabello destrenzado, consolando á la multitud que sollozaba viéndola tan bella é interesante.

Al pasar ante la estatua de la Libertad, pronunció estas palabras que el tiempo ha hecho solemnes: «¡Oh Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

La enemiga de Dantón y Robespierre murió con la serenidad de un mártir cristiano, en el día 9 de Noviembre de 1793. Su marido, al saber tan trágico fin, se suicidó. Ella lo había dicho cuando le leyeron la sentencia de muerte: «Roland se matará.»

Sobre el cadáver de Roland se encontró un papel con estas palabras: «Respetad los restos de un hombre virtuoso.»

¡Honroso epitafio que él escribió! La posteridad le ha hecho justicia declarando que lo merece y grabándolo en las páginas inmortales de la Historia.

III

PARA Mme. Roland fué Capitolio la guillotina como fué para Madame Staël apoteosis el destierro.

No es fácil medir la extensión del talento de tan insigne escritora; era filósofo, crítico, político y novelista. Siendo muy niña, en vez de entregarse á los juegos infantiles, pasaba largas horas en el bufete de su padre, hacia el cual sentía una entusiasta admiración: apenas salió de la adolescencia, cuando empezó á compartir con él tareas oficiales: así es, que enterada de las reformas administrativas y económicas proyectadas por Necker, más tarde las

quiso plantear. Ejercía tan gran predominio sobre éste, que le impulsó á proponer el sufragio universal, idea contraria á las doctrinas que había expuesto siempre.

La defensora de María Antonieta (1) tuvo influencia, no sólo en los salones de su época, no sólo en los círculos políticos, sino hasta en la literatura. Ella y Chateaubriand hicieron grandes innovaciones en el movimiento intelectual, dieron el grito de insurrección contra las trabas impuestas por los clásicos, y fueron la aurora del romanticismo.

La pasión de Mme. Staël por la política, no extinguió su amor á las bellas letras: desterrada por Napoleón Bonaparte, aprovechó el destierro para escribir sus mejores obras.

La prisionera de Coppet, más que prisionera, era una reina con su corte de cortesanos eminentes.

Agrupábanse á su alrededor hasta treint

(1) Mme. Staël escribió una defensa de la Reina que no llegó á publicarse.

ta personajes, siendo los más habituales contertulios de la ilustre habitadora del castillo, Benjamín Constant, Augusto Wilhelm de Schlegel, Sabram, Sismondí, Bonstetten, Voght, Balk, Montmorency, Barante y el príncipe Augusto de Prusia. Allí representaban obras de Voltaire, obras suyas y de sus amigos. El poeta danés O'Elenschlaeger describe con entusiasmo una visita á ese castillo, convertido en Parnaso.

Todos los libros de Mme. Staël tenían resonancia en Europa: algunos produjeron exaltadas discusiones entre los primeros críticos, otros le redoblaron las penas del destierro.

Tanto su novela *Delfina*, como *Corina*, fueron muy impugnadas: atribúyese á Napoleón un artículo en contra de la eminente literata, publicado en el *Mercurio*. Todo el mundo conoció el estilo del Emperador. La obra de Mme. Staël acerca de *Alemania*, le fué prohibida: el Gobierno dió orden para que se destruye-

sen todos los ejemplares: aquella obra había costado á Mme. Staël seis años de estudio, y en ella fundaba sus más rientes ilusiones.

De su novela *Corina*, díjose que era un himno á Italia con menoscabo de Francia; pero los malévolos ó los espíritus ligeros que lo afirmaban, no tienen razón; *Corina* es, más bien que un himno á Italia, el panegírico de la mujer ilustrada.

En el momento histórico en que Madame Staël era acusada del pecado de *extranjerismo*, hacía sentir la influencia de la literatura francesa en Italia.

Es verdad que se extasiaba con los museos y monumentos de aquella tierra que encerró tantas grandezas, pero los italianos, que le deben la profecía de la resurrección de Italia, no alcanzaron de ella frases muy lisonjeras.

Hablando de la decadencia de costumbres en la que fué dominadora del mundo, exclama: *fáltale en esta tierra aguijón á la virtud, y freno al vicio.*

Los franceses dijeron que en *Corina* se había retratado á sí misma, dudando de que hubiera en Italia mujeres capaces de otra cosa que de amar; pero es falsa tal idea, porque en aquella época, veíase á Mme. Manzoni traduciendo libros latinos en la biblioteca Ambrosiana, siendo notables por su erudición la condesa Clelia, políglota, Mlle. Agnesi, orientalista, Laura Bassi, maestra en filosofía, Teresa Bandeddini, improvisadora, Magdalena Morelli, famosa por su elocuencia, la condesa Paolina Secco Sduardo, naturalista, Clotilde Tambroni, helenista, Diodatta Saluzzo, miembro de la Academia de Ciencias de Turín, y la célebre condesa Albany, encanto de Florencia.

Las obras que declaran más vigoroso el talento de Mme. Staël, son *Reflexiones sobre la paz*, dirigidas á Pitt y á los franceses, obra que tiene por objeto establecer la mayor armonía entre Francia é Inglaterra, que obtuvo en el Parlamento inglés grandes elogios; *Influencia de las pasio-*

nes sobre los individuos ó sobre los pueblos, La Literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales, y Consideraciones sobre la Revolución Francesa.

La ilustre desterrada que caminó siempre entre palmas y laureles, hizo entrada triunfal en Italia, Austria, Prusia, Rusia, Alemania, Suecia é Inglaterra, teniendo en la patria de Byron por compañero de proscripción, á Luis XVIII. Hablando de él á uno de sus partidarios, le dice: *Tendremos un rey amigo, un rey muy favorable á las letras.* La célebre hija del gran hacendista Necker, no fué bella; todos sus biógrafos afirman que sus facciones carecían de delicadeza, pero sus grandes ojos negros tenían gran fuerza en la mirada, porque fulguraba en ellos la luz de la inteligencia. La atracción, la magia poderosa que ejercía en cuantos la rodeaban, consistía en su palabra: tomar la palabra, era dominar. No es fácil ser insensible á la elocuencia de una mujer, aun cuando esta mu-

jer no sea bella; así es que cuantos la oían, sentíanse fascinados. Hablaba con tal elocuencia, que Mme. Tessè exclamó al oirla: Si yo fuera reina, ordenaría á Madame Staël que me hablara constantemente.

Sus relaciones con su primer marido, el barón de Staël Holstein, embajador de Suecia, no fueron muy estrechas, pero ambos se respetaban cubriendo las apariencias: faltando en su hogar el sol del sentimiento, ella intentaba caldearlo con el sol de la gloria, mas ese sol ilumina sin dar calor.

Quando ya contaba cincuenta años de edad, contrajo matrimonio secreto con un joven oficial francés, enfermo y herido, llamado Rocca, que sólo tenía 21.

¿Qué la decidió á este matrimonio? Es indudable que su entusiasmo por la juventud. La baronesa de Staël Holstein tenía horror á la edad; así es que, al verse amada por Rocca, creyó rejuvenecer. Esta mujer superior no podía resignarse á perder la juventud. A ser posible, hubiera

abdicado más fácilmente de su cetro de gloria, que del cetro juvenil: mientras dejaba marchitar las hojas de su corona de laurel, cuidaba con el mayor esmero las hojas otoñales de su vida, dándoles color artificial.

Todas las mujeres comprenderán este sentimiento; único sentimiento femenino que encuentro en Mme. Staël

Ninguna mujer superior puede faltar á las infalibles leyes de su sexo: ser joven es ser bella; ¿qué mujer puede resignarse á dejar de serlo?

La célebre baronesa de Staël se resignó menos á perder su juventud, que al odio de su más terrible enemigo. ¿Quién era éste? El señor de Europa, el coloso del siglo. Napoleón.

Mme. Staël no era simpática, admiraba pero no atraía, fascinaba el espíritu más no se apoderaba del corazón. Una vez ocurrióle preguntar á Talleyrand en presencia de Julieta Recamier: «Si nos viera usted en peligro de ahogarnos, ¿á cuál de las

dos salvaría?» Y el célebre diplomático contestó sin desconcertarse: «Mme. Staël «sabe tantas cosas, que indudablemente «sabrà nadar.»

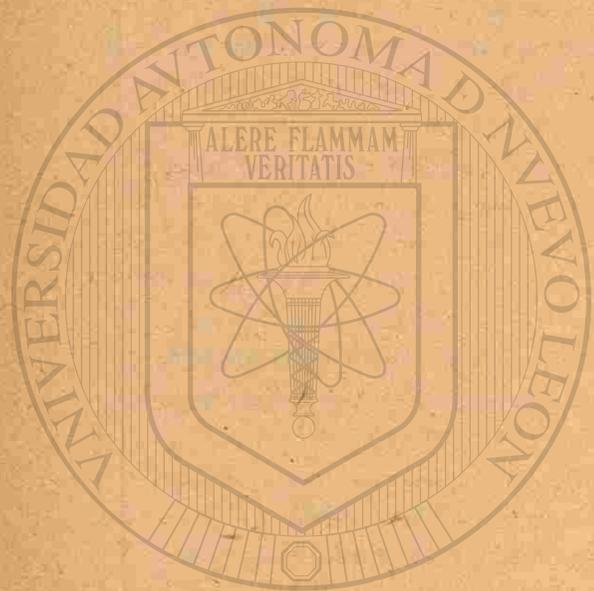
Aquella mujer extraordinaria poseía toda la bondad que puede poseer un hombre bondadoso, pero carecía de ternura.

Cuando supo la muerte de su querido amigo Narbonne, nadie pudo leer en su rostro la impresión que le causaba: la noticia de la muerte de su hijo Alberto en un desafío, la recibió con una firmeza que asombra á Sismondi, según puede verse en carta suya á la condesa Albany.

¿Qué faltaba á Mme. Staël para gozar de simpatías generales?

Gracia femenil.

Los hombres permiten á la mujer que se introduzca en el campo literario, mientras sepa conservar su carácter de mujer; en el momento en que se masculiniza los adictos se vuelven adversarios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

AS mujeres francesas mezcláronse en la Revolución, porque aquella fué más bien que una revolución política, una revolución social.

¿Cómo no había de ingerirse la mujer en los acontecimientos, si la legislación arbitraria de aquellos tiempos, al decretar el divorcio, alteraba la institución que más le interesa? Era imposible que la mujer permaneciera indiferente á su porvenir.

El catolicismo, la única doctrina legal existente, se veía escarnecido, y como el catolicismo es la religión de las mujeres, tenían que luchar por defenderle.

En las escuelas nutriase la inteligencia de los niños con filosofías ateas, y la madre, al ver que su hijo, extraviado en el error, escapaba á su influencia, pugnaba por conquistarle. Ninguna madre debe abdicar de la maternidad moral.

Acostumbrada la mujer á reinar en la vida social, tampoco podía permitir fuera suprimida la antigua cortesía con que había sido tratada.

La Crónica de París y Los Anales Patrióticos, publicaban artículos de propaganda para la abolición de la etiqueta, diciendo que las fórmulas cortesies fueron creadas por el servilismo, y que debía borrarlas el viento de la igualdad.

Otro periódico, *El Filósofo Patriota*, añadía que inclinarse ante las damas era testimonio de esclavitud, y que la fórmula final de las cartas, en que se dice vuestro servidor, tenía que cambiarse por *vuestro igual*.

Suprimiósese el título de Señor y Señora, prohibiéndose la caballeresca costumbre

de besar la mano á las mujeres, bajo el pretexto de que, al besarla, perdíase la actitud altiva y viril que debía tener el patriota.

Las mujeres de todas las clases sociales viéronse envueltas en el torbellino que arrastraba al hijo, al marido y al hermano, los seres más queridos de su corazón; así es que las agitaciones femeninas salían del aristocrático *boudoir*, de los bastidores del teatro francés, de la tienda de modas y de los mercados.

Muchas damas de la aristocracia protegían á los revolucionarios; en casa de Madame Chambonas reuníanse periodistas exaltados, lo mismo que en casa de la marquesa de Laval y la baronesa D'Escars.

Mme. Bouquet adquirió un terreno en las afueras de París, y pudo esconder en un subterráneo semejante á las catacumbas, á varios girondinos, gastando cuanto poseía para darles de comer.

Presidían salones políticos, Mme. Ne-

ker, Mme. Helvetius, Mme. de Genlis, Mme. de Sabrán, Mme. de Angivillers, Mme. Rochembeau, Mme. Beauharnais, Mme. Montoissieux y Julia Talma, hermana del célebre actor.

Increparon á Mme. Condorcet por inmiscuirse en la política, y contestó: *des-de que veo cortar tantas cabezas femeninas, siento curiosidad de saber por qué se cortan.*

V

o hay un episodio de la Revolución francesa, en que directa ó indirectamente haya dejado de figurar la mujer. No se contentó con ser espectadora, necesitó ser actor: en unas ocasiones ofició en el altar de la patria, en otras se inmoló.

Acostumbrada la mujer á la pasividad, al salir de ésta es más temible que el hombre, porque no ha gastado sus fuerzas. En 1789, las mujeres francesas llevaron la iniciativa en la perturbación de la paz, ellas se pusieron á la vanguardia de la Revolución.

ker, Mme. Helvetius, Mme. de Genlis, Mme. de Sabrán, Mme. de Angivillers, Mme. Rochembeau, Mme. Beauharnais, Mme. Montoissieux y Julia Talma, hermana del célebre actor.

Increparon á Mme. Condorcet por inmiscuirse en la política, y contestó: *des-de que veo cortar tantas cabezas femeninas, siento curiosidad de saber por qué se cortan.*

V

o hay un episodio de la Revolución francesa, en que directa ó indirectamente haya dejado de figurar la mujer. No se contentó con ser espectadora, necesitó ser actor: en unas ocasiones ofició en el altar de la patria, en otras se inmoló.

Acostumbrada la mujer á la pasividad, al salir de ésta es más temible que el hombre, porque no ha gastado sus fuerzas. En 1789, las mujeres francesas llevaron la iniciativa en la perturbación de la paz, ellas se pusieron á la vanguardia de la Revolución.

La piqueta demoledora manejada por los hombres del 14 de Julio, derrocó la Bastilla, pero ellos sólo tuvieron que derribar los muros, porque moralmente la Bastilla había sido derribada por una mujer. ¿Quién fué ésta? Una obrera; Madame Legrós, libertadora del prisionero Latude. Aquella valerosa mujer, inspirada solamente por la caridad, luchó tres años sin desaliento, soportando calumnias y humillaciones, abandonó el trabajo que le proporcionaba el sustento y arrojóse á los pies del joven duque de Orleans, y de Condorcet, para salvar al desgraciado de Bicêtre. Malesherbes, Lamoignon y Rohan contentáronse con lamentar las desgracias de Latude; Mme. Legrós se fué á Versalles á pie, enferma, en pleno invierno y logró conmover á Mme. Duchesne, dama de la Reina, en favor del prisionero.

Espantosos fueron los tormentos que sufrió Latude. Obligáronle á pasar el invierno sobre húmedo suelo; mientras dormía, dos troneras pequeñas le comunicaban un

viento glacial que azotándole el rostro le enfermaron los ojos; el frío le cortó el labio superior; y la raíz de su cabello se quemó, quedando completamente calvo. Pasaron ciento treinta horas sin que probara un bocado ni bebiese una gota de agua; advertidos los carceleros le abrieron la boca á viva fuerza para introducirle alimento. Al desgraciado negáronle hasta el recurso de morir de hambre.

La perseverante obrera que alcanzó la libertad de Latude, fué coronada en la Academia como premio á su virtud, y el apellido Legrós quedó en la historia cercado de una aureola.

La fiebre cerebral que se había apoderado de todos, tenía que invadir con más ardor las cabezas femeninas; en el 6 de Octubre convirtiéronse las mujeres en furias infernales. En las plazas la caballería y la infantería trataron de intimidarlas, pero ellas en vez de arredrarse apedrearon á la caballería y á la infantería. Tomaron el Hotel de Ville y desde sus balcones gri-

taban entre aullidos feroces: «armas y pan.» Dirigiéronse después á las Tullerías, desarmaron á la guardia real y se pasearon triunfalmente en los jardines del Rey. Escalaron el Congreso, hicieron callar á los diputados y tomaron la palabra. No contentas con esto, se lanzaron como Euménides sobre Versalles y dispararon sobre los guardias de Corps. Vociferaban, juraban, se herían unas á las otras, pues entre aquellas ocho mil mujeres había republicanas y realistas; ni éstas ni aquéllas sabían lo que deseaban; las realistas querían sacar al Rey de Versalles y llevarlo á París, creyendo que de ese modo mejoraría la situación; las republicanas creían que la causa de la miseria que las agobiaba, la causa del hambre, era el Rey, y sobre todo la Reina, y les querían matar.

Aquella turba de mujeres tenía un Mirabeau, la ciudadana Louison Chabry: ella, que había perorado en las calles desembarazadamente, preparó una arenga para dirigírsela al Rey, pero al ver á éste

tan de cerca como no le había visto nunca, al observar la benévola expresión de su semblante, empezó á tartamudear, las palabras se extinguieron en su garganta y sólo pudo pronunciar un monosílabo: *pan*. Luis XVI, con su bondad acostumbrada, le besó la mano y la abrazó paternalmente; ella, que tenía mucho corazón, se conmovió. Había entrado republicana en el Palacio de Versalles y salió monárquica. Cuando se reunió con las exaltadas que la esperaban en el patio, intentó defender al Rey; abalanzáronse sobre ella á los gritos de *traidora, traidora*, pensando que se había vendido, y registráronla para buscar el oro que creyeron ocultaba.

Capitaneaba un formidable batallón de mujeres la joven intrépida y hermosa Ana Josefa Theroigne de Mericourt, denominada la *Mujer Club* por su talento para la oratoria. Era el tribuno de su sexo, vehemente cual todas las liejanas, aquellas mujeres que en el siglo décimo quinto causaron tantos disgustos á Carlos el Te-

merario; no es extraño que hiciera huir al regimiento de Flandes. Véase la virilidad de su fogoso estilo en un fragmento de uno de sus discursos excitando á la multitud:

«¿Qué haceis aquí? ¿quereis moriros de hambre mientras que en mesas impías los guardias de Corps y toda la Corte se atentan de manjares delicados y viven haciendo befa de nosotros en medio de la abundancia? ¿Acaso ignorais que en un banquete acaban de urdir horrenda trama? ¿que ha sido pisoteada la escarapela tricolor? ¿que se han afilado sables para nosotros y decretado la muerte contra la asamblea nacional y los patriotas? ¿que el mismo Rey en persona va á juntar las tropas y marchar contra el pueblo? ¿que la Reina ha dado banderas á la milicia nacional de Versalles, y que para asegurar el triunfo de la contrarrevolución, Monsieur (el hermano del Rey) ha sido llamado á la presidencia de la asamblea? ¿nos hemos de dejar acuchillar? ¡Ea! anticipémonos á tan abominables maquinaciones y caiga el daño so-

bre las cabezas de los que querían producirlo!»

¡Muerte á la nobleza! era su grito de guerra.

¿Qué la arrojó á la revolución?

El amor, ó más bien un desengaño de amor. Un noble, abusando de su candor, la había deshonrado cuando sólo contaba 17 años de edad, y no sólo la había deshonrado, sino que la abandonó. Así se explica la persecución de esta mujer á la aristocracia; así el feroz arrojó con que se la veía en los Inválidos, en la Bastilla, en Palacio, en Bicêtre, en la Abadía, donde encontró á su seductor y le mató.

Cuando imploraba perdón, ella le contestó:

«¿Cómo podrías pagar mi perdida inocencia, mi honor manchado, las burlas insultantes que persiguen desde entonces á toda mi familia, la maldición de mi padre, el abandono de mi tierra, mi enganche en la infame casta de las perdidas, la sangre con que mancho y mancharé mis

«manos, mi memoria, execrada entre los hombres, y esta inmortalidad de maldición que va unida á mi nombre, reemplazando á aquella inmortalidad de virtud, de que me enseñaste á dudar?»

Sus partidarios la denominaron *Primera Amazona de la libertad*. Amaba la libertad, pero no el abuso de ella, no quería á Mirabeau por sus inmundicias; censurando la conducta de Robespierre, dijo ante un público numeroso que si él condenaba sin pruebas, le retiraría su estimación. Los amigos de Theroigne eran los más austeros, Siéyes, Romme y el virtuoso Desmoulins. Un día que éste se hallaba en una Asamblea, se presentó ella y le interrumpió.

La historia de Francia refiere el suceso del siguiente modo: «Sintióse un murmullo de admiración, una joven entró y quiso hablar.

«Era Theroigne con su rojo redingot de seda y su gran sable del 5 y 6 de Octubre. El entusiasmo llegó á su colmo. «He

ahí la reina de Sabá—gritó Desmoulins, —que viene á visitar al Salomón de los distritos.» Con paso ligero atravesó toda la Asamblea, y subió á la tribuna. Su divina é inspirada cabeza, lanzando rayos de genio, se veía entre las apocalípticas sombras de Dantón y de Marat. Si sois verdaderamente Salomones—dijo Theroigne,—probadlo edificando un templo, el templo de la sacra Libertad, el palacio de la Asamblea nacional... Y le edificareis en el mismo lugar en donde existió la Bastilla. Mientras que el Poder Ejecutivo habite el palacio del Louvre, le sucederá lo que á la paloma de Noé, que aún no ha podido hallar lugar para detenerse. Esto no puede seguir así. Es preciso que el pueblo, viendo los suntuosos edificios que deben ocupar los dos poderes, marche por la sola vía que conduce al verdadero Soberano. ¿Qué es un soberano sin un palacio? Lo que Dios sin un altar. ¿Quién reconocerá su verdadero y legítimo culto? Edifiquemos, pues, ese altar tan nece-

sario, contribuyendo todos con nuestro oro y nuestras joyas.

Aterrada por los crímenes que se cometían, amainó un poco en sus ideas de libertad y se alió á los girondinos. La jornada del 10 de Agosto le valió una corona dedicada por los marseleses. ¿De qué murió Theroigne? De pudor. Un día que paseaba en las Tullerías, algunos desalmados se vengaron de ella desnudándola ante la multitud. No pudiendo resistir tal afrenta, enloqueció y la locura es la muerte civil y moral.

Las mujeres alentaron los sucesos del noventa y tres en diversas formas, ya tomando parte en ellos materialmente, ya inspirando sus ideas á los hombres: tanto en la barricada como en el club, aparecía la mujer. Los primeros jacobinos fundaron su asociación prestando el juramento civil ante una mujer, una viuda israelita á la cual propusieron la compra de bienes nacionales, y contestó que no quería lucrar con la Revolución, que de-

seaba el triunfo de ella, no por interés propio, sino por las ventajas que había de reportar á las clases populares.

Las mujeres organizaron sociedades secretas, figurando entre las organizadoras Rosa Lacombe y Olimpia de Gouges, de la cual se ha conservado la siguiente frase: *Las mujeres tienen derecho á subir á la tribuna ya que suben al cadalso*. El sabio Condorcet pidió en 3 de Julio de 1790 la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía, obligado por ellas. Cuando se halló proscrito, dedicóse su mujer á hacer retratos para enviarle recursos pecuniarios. La bella y virtuosa Sofía tuvo que luchar para conservar su honra, tanto como la encantadora Lucila, que al implorar de Robespierre la libertad para Camilo Desmoulins, le dijo con apasionado acento: *Tú nos matarás á los dos, porque herirle á él es matarme á mí*. Lucila subió al cadalso con gran valentía.

El acta primitiva de la República, cuya esencia encerraba la petición de no reco-

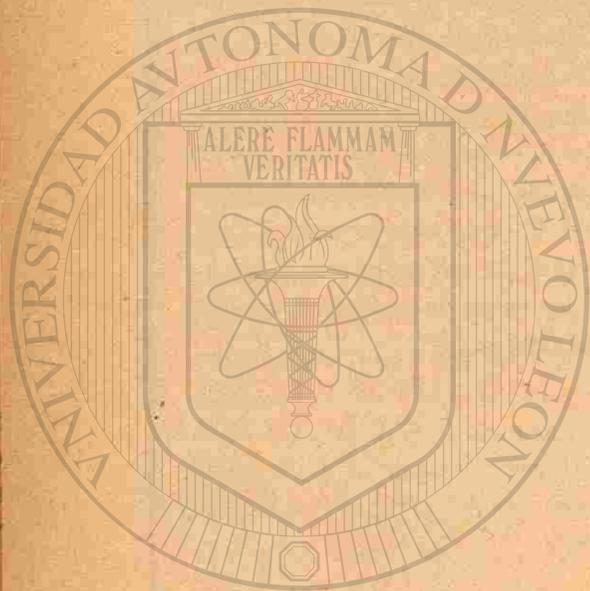
nocer ni á Luis XVI ni á otro Rey, fué obra de una mujer, de la colaboradora del *Diario del Estado y de los Ciudadanos*, Mme. Robert, esposa del famoso convencional.

«Mientras Marat viva ¿quién podrá vivir? había exclamado una mujer; *él ha abolido la ley del 2 de Junio, si muere el asesino de la ley volverá á florecer la paz: ¿qué importa el sacrificio de mi existencia si salvo á Francia?*» y armada de resolución con la idea de ser útil á su patria, clavó un puñal en el corazón del exterminador, haciendo inolvidable la fecha del 13 de Julio de 1793, y el nombre de Carlota Gorday.

Las crueldades de Dantón, *el león enamorado*, como le denomina Houssaye, fueron reprimidas por su primera y segunda mujer; las dos eran piadosas, luchaban suavemente contra su ateísmo y abogaban por el clero. El león furioso en la plaza pública, pero domado en el hogar, amó tanto á su primera mujer, á su Gabriela,

que cuando murió, se desesperaba no pudiendo resignarse á no verla más. A los siete días de enterrada, mandó abrir el ataúd para contemplarla otra vez. Ella le había hecho jurar que salvaría la vida del Rey, la de los niños, en nombre de sus hijos, y la de la angelical Princesa Elisabeth; pero Dantón se vió obligado por las circunstancias á votar la muerte del desgraciado Luis XVI.





VI

E las mujeres de la Revolución francesa pueden citarse grandes errores, pero también grandes heroísmos. Mme. Lefort compró el permiso de ver á su marido, vendiendo todas sus joyas: entró en la prisión y con recursos hábiles consiguió convencerle de que debían cambiar de traje para que él se escapara á favor del disfraz, pues á ella no la sacrificarían. Al día siguiente se descubrió la trama, y el alcaide, horrorizado, preguntó á Mme. Lefort:

—¿Qué has hecho, desgraciada?

—Mi deber—respondió ella;—haz ahora el tuyo.

Mme. Clavier, al recibir la noticia de que su marido se había clavado un puñal en el corazón, se dió la muerte con socrática serenidad.

Una viuda seguía la carreta homicida lanzando gritos desgarradores pidiendo que la llevaran al suplicio con su amante; los soldados no le hacían caso; faltaban pocos momentos para llegar allí, y al observarlo, quitó rápidamente el sable á uno de los soldados y se atravesó el corazón.

Las princesas y las mujeres de la nobleza, tuvieren muchos rasgos de virtud, ejemplo de fidelidad en la amistad será siempre la princesa Lamballe, que siguió á María Antonieta á la prisión del Temple, siendo víctima de su leal afecto á la esposa de Luis XVI.

La duquesa de Maille, dama de la Reina, al saber el próximo ataque de palacio y los peligros que cercaban á la familia real, fué en pos de ésta, atravesando á

pie y sola por medio de los amotinados, sin ocultar su adhesión á la monarquía. Cuando trataron de cerrarle el paso exclamó:

Dejadme ir á donde el deber y la amistad me llaman; si vuestro patriotismo es odiar á la Reina, el mío es morir á sus pies.

La princesa de Tarento, encargada de cuidar á la hermosa Paulina de Touzel, aya del delfín, al ver aproximarse á los revolucionarios hacia la encantadora niña, les dijo con resolución:

Heridme, pero salvad el honor y la vida de esta joven; es un depósito sagrado que he jurado devolver á su madre; tomad mi sangre y respetad su virtud.

Impresionado uno de aquellos monstruos por la gracia y juventud de Paulina, llevola á su casa, pero al saber que su madre estaba presa, díjole á su bienhechor:

Yo no quiero una libertad que mi madre no disfruta; salvadla á ella ó llevadme á su lado para que muramos juntas.

Cuando el verdugo llamó á Mr. de Sombreuil, diciéndole que iba á morir por aristócrata, gritó su hija: «yo también lo soy; ¡viva el Rey!» La belleza, la juventud y el amor filial de aquella heroína, conmovieron al tribunal, mas como de aquellas almas sólo podía brotar una piedad incompleta, uno de los jueces la sentenció á beber sangre de algún aristócrata, si quería salvar la vida de su padre.

Presentáronle un tosco vaso lleno de sangre humeante, y exclamando con exaltación: *¡por la vida de mi padre!* apuró aquel terrible cáliz sin vacilar.

El pueblo, asombrado, la llevó en triunfo en un carruaje descubierto, gritando: ¡Viva la ciudadana María, viva Sombreuil!

Isabel de Francia, la virtuosa Elisabeth, es un modelo de amor fraternal.

Varias veces le dijo María Antonieta que se expatriara, pero ella aceptó los infortunios de sus hermanos, sin que se debilitara un momento su resignación.

No deseo el martirio, decía; pero si

es esa mi suerte, estoy dispuesta á soportarlo con valor, fijo mi pensamiento en Dios.

Es imposible dudar de su patriotismo, pues cuando supo que ejércitos extranjeros acudían en defensa de la monarquía, dirigió á una de sus amigas una carta en que se leía el siguiente párrafo:

«Rusia, Prusia, Suecia y Alemania van á caer sobre Francia; España aún no sabe lo que hará; Inglaterra tampoco; pero no tengas cuidado, amiga mía, nuestro país adquirirá una gloria más y eso será todo. Trescientos mil guardias nacionales, perfectamente organizados y naturalmente valientes, defienden las fronteras y no dejarán acercarse á un solo lancero austriaco. Malas lenguas aseguran que en Mautheuge ocho soldados alemanes hicieron correr á quinientos guardias nacionales, que llevaban además tres cañones. Hay que dejarles hablar ahora, si eso les distrae; después podremos burlarnos nosotros á nuestras anchas.»

Quando fueron á sacarla de la prisión para llevarla á la guillotina, tomándola por la Reina, un escudero hizo notar que era la princesa Elisabeth, y al oírlo esta admirable mujer exclamó: *no les saqueis de su error.*

Al subir al cadalso, como dice Lamartine, su último pensamiento fué un escrúpulo de pudor; dió su pañuelo á una joven para que la castidad no fuese profanada ni aun en la muerte.

«En seguida (añade el historiador) cortaron sus largos cabellos rubios, que cayeron á sus pies como la corona de su juventud. Las mujeres de su comitiva fúnebre y los ejecutores se los repartieron. La ataron las manos y la hicieron subir en el último banco de la carreta que cerraba el convoy.

«Quisieron que su suplicio fuese mayor, viendo y oyendo los veintidós golpes que cayeron sobre aquellas aristocráticas cabezas. El pueblo, reunido para verla pasar, permaneció mudo: la hermosa

»de la Princesa transfigurada por la paz interior, su inocencia de todos los desórdenes que habían despopularizado á la corte, su juventud sacrificada al cariño que tenía á su hermano, su adhesión á la Reina en los momentos desgraciados, hacían de ella la víctima más pura.

«Es muy glorioso para la familia real presentar aquella víctima sin mancha y muy cruel en el pueblo haberla pedido. Secreto remordimiento roía todos los corazones: el verdugo dió reliquias al trono y una santa á la monarquía.

«Sus compañeras la veneraban antes de que subiese al cielo. Orgullosas de morir al lado de ella, pidiéronle un abrazo antes de subir al cadalso.

«Casta en medio de las seducciones de la belleza y de la juventud, piadosa y pura en una corte ligera, paciente en el calabozo, humilde en las gradas del trono y altiva delante del suplicio, la Princesa fué tanto por su vida como por su muerte, un modelo de inocencia en la

«corte, un ejemplo de virtud, y un objeto de admiración para el mundo y de oprobio para la República.»

Ningún tipo de mártir registra la historia tan interesante como María Teresa de Austria. No existe criatura alguna que haya sido herida simultáneamente en los sentimientos de mujer, esposa, reina y madre.

Quisieron personificar en ella todos los desórdenes de la corte: su amor al fausto y á los placeres sociales, natural en una mujer joven y hermosa, interpretóse desfavorablemente, y la que fué ídolo del pueblo, vióse escarnecida por él.

Arrullada por la adulación, no podía esperar que los rayos de la adversidad se cernieran sobre ella.

Jamás podrá jactarse el infortunio de haber hecho caer á nadie desde tan alto.

Acostumbrada á ver sus retratos colocados sobre rosas abiertas, el más halagador homenaje que puede tributarse á una mujer, no era fácil creer que su cabeza

hubiera de ser profanada por el hacha del verdugo.

El vendabal de la desgracia no secó sus nobles sentimientos, pues cuando el Rey quiso disculparse, por haberla unido á su destino, le contestó: *¿acaso no vale nada la gloria de ser esposa del hombre más bueno y más desgraciado de Francia?*

Cuando quisieron deshonorar sus sentimientos maternales, suponiéndole actos de la mayor depravación, con objeto de enervar á su hijo, dominando su inteligencia atrofiada para reinar en su nombre, repuso con acento tan amargo como firme, sin encolerizarse: *Apelo al testimonio de todas las madres.*

Despojáronla de las insignias reales, mas no pudieron despojarla de su majestad.

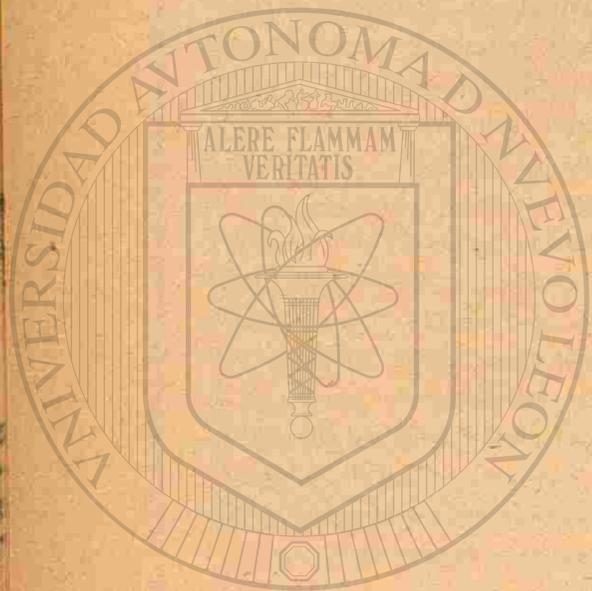
Ni una lágrima, ni un jay! demostró en ella la menor debilidad: fué superior á su naturaleza femenina. En la trágica solemnidad de su infortunio, se veía siempre á la reina.

No queriendo inspirar compasión, con la miseria á que la habían reducido, remendó su traje, para presentarse sin harapos.

De pie en la carreta fatal que la condujo á la guillotina procuró conservar el equilibrio; subió al cadalso con la misma majestad con que subía al trono, y murió cristianamente perdonando á sus enemigos.

La familia de Luis XVI se distinguió por sus virtudes: Mme. Royale, la hija de los infortunados Reyes de Francia, cuya historia es una odisea de lágrimas, demostró su caridad y abnegación, en los últimos momentos del abad que acompañó á su padre á la guillotina, consolándole cuanto pudo. Hallábase el abad enfermo de un espantoso tifus, todo el mundo le abandonó, y al saberlo la Princesa quiso asistirle. Inútiles fueron las prohibiciones de los médicos; la hija de Luis XVI contestó: *nada me impedirá cuidar al abad Edgeworth, á nadie pido que me acompañe.*

La Mariscala y la Vizcondesa de Noailles, fueron condenadas al espantoso suplicio; la anciana Mariscala sufrió la muerte con valentía, lo mismo su hija la Duquesa de Ayen: tocóle el turno á la nieta de la Mariscala, á la bella Vizcondesa, y en vez de amilanarse por los horrores que acababa de presenciar, superiores á las fuerzas humanas, tuvo aliento para intentar la conversión de un hombre que estaba blasfemando, y deseosa de que se salvara el alma de aquel réprobo, le dijo con humildad: *arrepentíos, caballero, aún es tiempo, pedid perdón á Dios, que es muy clemente y no os lo negará.*



VII

Lo departamento de la *Vendée* había permanecido siempre pacífico, porque el pueblo, contento del trato que le daban los señores feudales, no tenía por qué sublevarse: los nobles seguían con interés los sucesos de París y Versalles, sin tomar parte en ellos; lamentaron la prisión de Luis XVI, pero permanecieron inactivos; lo que les hizo tomar las armas fué la muerte del Rey. Era tradicional el espíritu monárquico que animaba á los habitantes de la *Vendée*, por eso al saber la

catástrofe, se pusieron á las órdenes de Lescure, Larochejaquelin, Bonchamps, Rouarie, Cathelineau, Sapinaud, Gastón y Bourdié y se lanzaron contra los republicanos. Fué una revolución formada por la nobleza, el clero y las mujeres. La Marquesa de Larochejaquelin, al ayudar á su marido, ayudó á la revolución.

Renata Borderau, cuyo padre había perecido á manos de los republicanos, se distrajo de hombre para vengarle y se distinguió por su arrojo: una niña de 13 años de edad que se alistó en un regimiento en calidad de tambor, murió en un combate valerosamente, cuando apenas había brillado para ella la aurora de la adolescencia. Juana Roilen, que murió combatiendo, decía al jefe que mandaba su compañía: *Mi General, nunca podreis adelantarme porque yo iré delante de todos.* En la batalla de Dol, si algún hombre desfallecía, las mujeres le insultaban tanto que le obligaban á tomar las armas.

Las monjas arrojadas de los conventos

viendo derruídos los altares, profanados los templos y ocupadas sus celdas por los soldados, sintieron gran indignación, teniendo que tomar parte activa en aquellos acontecimientos. Preguntáronle á una abadesa ¿qué se proponía al arrostrar tales peligros? y respondió virilmente: *hacer temblar á la Convención.*

Es famoso el denuedo de aquellas santas mujeres: querían obligarlas á cambiar la cruz por el gorro frigio, pero se resistieron con mucha energía. Las encerraron en las cárceles entre mujeres perdidas, y éstas, al ver aquellos rostros de expresión seráfica, aquella hermosura que les prestaba el heroísmo del martirio, se inclinaron ante ellas y les pidieron la bendición. Seis meses las tuvieron presas sin que quisieran prestar el juramento que exigía el Comité Republicano. A Sor Odila Beaugard y á Sor Mariana Vaillant las ataron en una cuerda de presos, y las pasearon por las calles escarneciéndolas; algunas personas gritaban al verlas: *¡piedad para*

las hermanas! pero aquellos desalmados no querían oír. La pobre Odila, que era la más joven, palideció; Mariana sostuvo á su compañera consolándola; pero abrumada por el peso de la conmoción que sentía, cayó desmayada. Detúvose la marcha: los conductores de los sentenciados blasfemaban descargando golpes sobre las hermanas. Por último, la pobre víctima recobró las fuerzas: tenía una mano herida y cubierta de sangre.

El jefe de los ejecutantes de la justicia quiso transigir diciéndoles: voy á manifestar que habeis prestado el juramento, aunque no sea cierto.

De ningún modo,—repusieron con resolución.

Esa resolución les costó la vida.

Ensañáronse en ellas de un modo cruel, y en medio del martirio, Sor Mariana y Sor Odila exclamaban: *Perdonadles, Señor.*

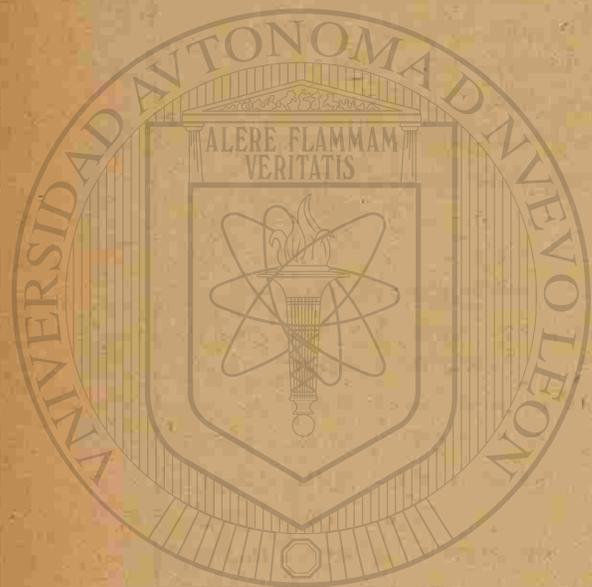
Entre las mujeres víctimas de la Revolución, sólo una murió cobardemente, la

du Barry; y sin embargo, el número de las sacrificadas es imponente.

En una estadística formada por Proudhomme, se encuentran estos guarismos:

| | |
|---|--------|
| Mujeres de la nobleza guillotina- | |
| das..... | 750 |
| Religiosas..... | 350 |
| Mujeres de labradores y artesanos..... | 1.467 |
| Mujeres que murieron de partos prematuros causados por el terror..... | 3.400 |
| Mujeres que murieron de tris-teza..... | 348 |
| Mujeres muertas en la Vendée.. | 15.000 |

No sólo en 1793 se pronunciaron los de la Vendée por iniciativa de las mujeres, en 1832 la Duquesa de Berry encendió la guerra civil para colocar á su hijo en el trono de Francia, mas el cautiverio de esta intrépida mujer acabó la revolución.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

La hacha de Juan Pablo Marat, de Jorge Dantón y de Maximiliano Robespierre, había tronchado muchas cabezas femeninas; pero las mujeres quedaron vengadas por la mano de la mujer. Marat fué asesinado por Carlota Corday, Robespierre debió su caída á Madame Tallien. Era justo que sucediera así, pues entre las últimas sentencias de muerte firmadas por Robespierre, se encuentran la de la esposa de Herbert (Francisca Goupille), y la de la interesante Lucila Desmoulins.

Las mujeres habían dado á Robespierre la popularidad: como en sus discursos hablaba contra los déspotas, contra los opre-

sores y en favor de la moralidad y la religión, las mujeres le eran muy adictas.

Denominábanle el incorruptible, el sacerdote del derecho, el apóstol de la humanidad. El poético sentimentalismo de que revestía sus discursos, su tipo simpático, y la elegancia de su *toilette* (1) le hacían ser muy querido del sexo femenino. En casa de Catalina Théot alzaron un altar y colocaron su efigie. En dicha casa reuníansesociedades de mujeres, y entre gritos entusiastas le apellidaban *el dios*.

Tales exageraciones acabaron por arrojar sobre su nombre gran ridículo, á éste siguió el desprestigio, y luego la más completa impopularidad. Con el 9 *Thermidor* acabó Robespierre, pues aunque fué guillotinado al día siguiente, la revolución fraguada en contra suya, en el 9 *Thermidor* (27 de Julio de 1794) había decretado su muerte ya.

¿Quién arrojó contra el tirano la primera

(1) Robespierre no dejó de empolvarse el cabello ni para subir al cadalso.

piedra? Monsieur Tallien; pero esa piedra la recibió de la bella mano de Teresa Cabarrús. Débese á la influencia que ejerció esta mujer en aquellos sucesos el que haya sido denominada *Nótre Dáme de Thermidor*.

Teresa, hija del Conde Cabarrús, nació en España; era una hermosa zaragozana que empezó á figurar en la corte de Luis XVI, cuando su padre fué nombrado Embajador de España en París. Casada con el Marqués de Fontenay, recibía en sus salones á las personas más prominentes. Estalló la revolución y quiso cual Madame Roland, tomar parte en ella: su primera manifestación de enérgica actividad fué un elocuente discurso que dirigió á la Convención, pidiendo derechos políticos para las mujeres. A pesar de sus ideas republicanas, no aprobaba los horrores que se cometían en la época del Terror; para no verlos resolvió marchar con su padre á Madrid. Detenida en Burdeos por sospechosa, conoció á Monsieur Tallien,

que había sido enviado para guillotinar á los últimos girondinos dispersos. Monsieur Tallien se enamoró de ella, y la libró de la prisión. Teresa, agradecida, correspondió á su amor. La intrépida aragonesa suavizó la severidad de Tallien empleando su influencia en beneficio de los vencidos, mas los decretos benévolos de Tallien, le valieron la acusación de moderado. Teniendo que presentarse en París para explicar su cambio de conducta, supo defenderse y adquirir el favor perdido; pero no pudo evitar que Teresa fuera encarcelada, bajo el pretexto de conspirar contra la República. Robespierre, que odiaba á Tallien, se vengó hiriéndole en la fibra más sensible, sin sospechar que aquella venganza preparaba su ruina. La prisionera de Robespierre dirigió á Monsieur Tallien las siguientes líneas desde la prisión, fechadas en el 7 *Thermidor*:

«El jefe de policía acaba de indicarme que mañana me he de presentar al tribu-

nal, lo cual quiere decir que debo subir al cadalso. Esto es bien distinto de lo que he soñado en esta noche: soñé que Robespierre no existía y que todas las cárceles habían sido abiertas, pero merced á vuestra gran cobardía, pronto no habrá en Francia ninguno capaz de realizar mi sueño: Tallien le respondió: «Teresa, procurad que iguale vuestra prudencia á mi valor, y esperad.»

Dos días después presentóse Tallien en la Asamblea, y secundado de sus amigos, provocó una sedición, contra el poderoso que imperaba en la Convención, en los Jacobinos, y en la Comune. Robespierre subió al cadalso, y Teresa salió de la prisión. Al poco tiempo pidió el divorcio, fundándose en que el marqués de Fontenay había derrochado su fortuna, y en el día 26 de Diciembre del mismo año, se casó con Tallien.

Había humanizado á éste con la influencia de su amor, y gracias á ella salvaronse setecientos girondinos.

Fué la providencia de los perseguidos. Teresa Cabarrús era muy bella, las mujeres le señalaban algún defecto, los hombres la encontraban encantadora. Aficionada á lucir sus formas escultóricas, fué una de las primeras damas que adoptó el traje griego. Consérvase un retrato suyo en el que aparece con la cabeza coronada de rosas, ostentando rosas en su alabastrino cuello, y en sus torneados brazos, que causaban admiración general.

Esta célebre mujer de la Revolución francesa, siguió brillando en la época del Directorio, iniciando después un movimiento reaccionario, que fué secundado por la mayor parte de las mujeres.

Las mujeres con sus pasiones exaltadas impulsaron á los hombres á la Revolución, pero asustadas de tanta sangre, fueron los principales agentes de la reacción.

Cuando Francklin solicitaba de Luis XVI el reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos, el Rey le preguntó si tenían los americanos medios y

elementos para ser independientes; y el sabio diplomático contestó: *Seremos independientes, porque nuestras mujeres lo quieren.*

El ilustre patriota, el célebre naturalista de quien se ha dicho que arrancó el rayo al cielo, y el cetro á los tiranos, comprendió la importancia de la iniciativa femenina. Querer desconocerla, es una obcecación, porque la mujer es el alma de la humanidad.





UJA

DADA AUTÓNOMA

CIVIL GENERAL DE



OTE
8